

no fin diera á la zambra; mas la Choncha,  
gitana de mil prendas, se prepara  
á baylarle la *Tana* y el *Torito*.

¡Quien no vió á Dorio alzar entusiasmado  
el grito en loor de la hábil danzarina!

Su vista va con ella, sea que en *jarras*,  
y el delantal ligero sacudiendo,

imite al Chulo con el toro en circo,

ó que en la tierra la rodilla hincada,

su cuerpo fácil indecente agite

en contorsion violenta y disoluta.

Todo pasma al señor, á cuyos ojos

ni la *Costou* ni *Marchessini* fueran

tan de alabanza dignas y de lauro

como juzga á la torpe gitanilla,

solo amaestrada en infernal meneo.

Sueltan mil vivas descompuestas voces,

y se hunde á palmotadas el recinto

con el vinoso eructo perfumado,

y del humazo del tabaco lleno:

¡burdel indigno de abrigar á un noble!

Pero el cansancio, el ruido, la bebida,

quasi aturdido tienen al buen Dorio,

que luego busca en el pintado naype

pasar el resto de la inquieta noche

en sosiego y quietud: ¡pásmoso intentol

Ya tiene en torno á Melva y á Peróte,

*barateros* de fama y ejercicio,

que dió de sí la *corredera* fértil.

Este lleva el *cané*, la *banca* ó *monte*,

como en jugar de desfilada diestro,

y tanto, que quarteta no le falta



que cargue Dorio; Dorio que privado  
ya de sentido, el descarado robo  
ni conoce siquiera: su bolsillo  
se agotó sin sentir; pero prosigue  
á crédito, y en sumas de importancia  
se empeña el necio, que á perder se expuso  
ricos caudales, contra el débil fondo  
de algunos fuertes, y esos guarnecidos  
por ruin gavilla de perdidos tunos.  
Pero en fin fastidióse, ó ya al ataque  
se rindiera del vino, y mal seguro  
sobre sus pies camina vacilando  
de puerta en puerta con incierto tino,  
hasta su triste alvergue, do qual bruto  
en el lecho privado se revuelca  
vestido como entró, y allí ve el hombre  
el sol del otro día, quando acaso  
tocaba en el zenit, y á él le amanece  
para tan detestables exercicios  
tornar á repetir. ¡Círculo infame  
de los preciosos días que la gloria  
de la mísera patria debería  
solo ocupar! pero ¡ah! pluguiera al cielo  
que solo Dorio la torcida senda  
siguiera, que en mal punto error culpable  
mostrárale al nacer; mas vuelve Aristo,  
revuelve en torno la llorosa vista,  
y enxambre odioso mirará que el suelo  
deshonra hispano; en lánguida barbarie  
sus débiles varones sumergidos,  
cuya carcoma insana corroyendo  
el templo augusto de la gloria nuestra,



¿A próxima ruina lo prepara.  
Su nobleza por fin, la esclarecida  
clase que un tiempo el esplendor y nombre  
llevó de Hesperia á los australes climas  
yaciendo imbecil en fatal molicie  
presa del vicio y bárbaro abandono.  
¿Y aun osan al incienso que merece  
la santa virtud solo aspirar necios?  
¿Querrán que el patrio suelo y el extraño  
al eco de su nombre se prosternen?  
¡Ah! dexa, Aristo, dexa que maldiga  
el hora triste que en la obscura nada  
lanzáronse los siglos esplendentes  
de heroismo y pundonor, y al torpe día  
que en pos corriera de su huella santa  
con paso infame y denegrido rastro,  
dió franca entrada y perenal asiento:  
dexa que llore en el sepulcro frío  
de los Alfonsos, Tellez, y Guzmanes,  
y que mi airada lengua publicando  
los negros vicios de sus baxos nietos,  
justa vindique tan augustos nombres;  
que no ya ofendo el ardoroso brio  
y alta virtud de los que el rudo Asueva  
vió desplomarse sobre el vasto trono  
del fiero Berberisco, ni de aquellos  
que el generoso aliento conservando,  
de las altivas torres de Iliberia  
la luna postrimera obscurecieron:  
raza infeliz, degenerada especie  
de padres venerandos, que arrastrara  
el vicio vil á indigno vilipendio,



solo es el blanco del desprecio y befa:  
los flacos hombres en que el triste suelo  
de Iberia , no su apoyo , y lustre , y pompa  
ve , qual un tiempo en dignos ascendientes;  
mas sí su olvido , y deshonor , y ultraje,  
y horrendo precipicio y tiranía....  
¡ó siglo! ¡ó corrupcion! ¡ó patria mia!

*Granada... Maron.*

---

*Aviso á los habladores sacado de un tratado de  
Plutarco sobre el mismo asunto.*

Lo primero que se enseña á los niños es el arte de hablar ; pero me parece que el mejor modo de educarlos seria el enseñarlos á callar. Un dia que el célebre Antigono estaba solo en su tienda de campaña con su hijo , le preguntó éste si no pensaba en señalar una nueva ruta al ejército , y levantar el campo. — ¿ *A qué es la pregunta, hijo mio* , dixo Antigono , *temes no te lo avise el clarin?* El prudente Antigono ocultando á su propio hijo , que debia sucederle en el solio , sus proyectos , le daba el mayor exemplo de discrecion y de prudencia. El valiente Metelo se conducia con tanta reserva con uno de los principales oficiales de su ejército , que queria penetrar los secretos de su General , que le dixo: *Si mi túnica fuese capaz de saber mis pensamientos, la quemaria.*

Habiendo sido avisado el General Eumenes de que el famoso Cráteres venia en su busca al frente de un formidable ejército , ocultó esta no-



ticia, é hizo publicar en su campo que quien venia, y á quien se iba á dar la batalla, era á *Neptolemo*, General de poco mérito, y menos experiencia. Asegurados, y llenos de confianza con esta noticia los soldados de *Eumenes*, fueron al combate, y consiguieron de *Cráteres* una completa victoria, que de ningún modo se hubiera conseguido si el ejército de *Eumenes* no hubiera creído que iba á pelear contra *Neptolemo*.

Por este y otros mil exemplos aun mas raros se prueba que del secreto depende la gloria de los Estados, la seguridad de los pueblos, y el buen éxito de los sucesos. De él depende asimismo la fortuna y la felicidad de los particulares. Cada dia oimos á varias personas quejarse amargamente de la perfidia de otras que han vendido su confianza divulgando secretos importantes. Estas quejas son tan injustas quanto necias: ¿por qué se ha de quejar uno de la indiscrecion del amigo á quien confió su secreto, quando él mismo no tuvo fuerza para guardarlo? El que no quiera que su secreto se descubra, que no lo comunique. ¿Para qué llamar pérfido, indiscreto, imprudente, ni acusar de tal al que descubrió el secreto que le confiastes, si tú no pudistes guardarlo? ¿Si tiene gusto en charlar como tú, no es natural que para satisfacer su gusto te venda y te pierda? ¿Tendrá por esto menos prudencia y discrecion que la que has tenido? En tal caso no abusará de tu confianza, y tendrás mas fortuna de la que mereces; porque seguramente será una felicidad el que halles uno que sea mas adicto á tí, que tú lo eres á tí mis-



mo. Supongamos que tengas un amigo muy antiguo, á quien profeses la mayor estimacion no ocultándole nada; ¿este amigo no tendrá otro igual? Le confias tus secretos, él los confía á otro, y éste á otros, y de este modo corriendo tu secreto de boca en boca, llega á hacerse público.

Comparo un hombre indiscreto á un traidor que no pide ni sueldo ni recompensa, ni menos aguarda que vengan á solicitarle; pues él mismo va á presentarse, no como el que enseña al enemigo el parage endeble de un muro, ó le facilita los medios de entrar en una ciudad para saquearla; sino para revelar los secretos que nadie le dice que descubra, ó sembrar rencillas, disensiones, y el fuego de la discordia, sin que nadie le recompense por ello, ni él lo pretenda; pues el que tiene este vil carácter, es de tal naturaleza que cree debe obligaciones á los que tienen la paciencia de escucharle.

Un pródigo que derrama sin medida sus riquezas, no merece que se le agradezcan los regalos que hace; pues se le puede responder que no es liberal, sino que arroja el oro por prodigalidad, de cuyo vicio se dexa arrastrar pagándose por sus propias manos siempre que disipa su fortuna y riquezas. Lo mismo puede decirse del hablador: no eres mi amigo, porque me confias tus secretos, que descubrirás á otros mil; gustas de hablar, y quieres que te escuchén; hablas, te escucho, ahí tienes la recompensa.

No hay vicio alguno para el que la filosofía



no prevenga un remedio. El primero que aconseja á los habladores de profesion es el de reflexionar algunas veces sobre las desgracias, peligros, y aun la misma infamia á que está expuesta la inconsideracion de tantas personas indiscretas. El segundo método que les prescribe es á la verdad mas trabajoso, pero de un éxito infalible, el qual consiste en que se acostumbren á callar, á escuchar á los demas, y no interrumpir á nadie; y que en el mismo instante en que su lengua empieza á sentir la comezon de charlar, piensen antes de abrir la boca en la grandeza, hermosura, magestad, y aun santidad del silencio, para que nunca se les olvide el que se estima, se ama y respeta mucho mas al que habla con concierto, á tiempo, y con brevedad, que al molesto hablador que charla sin cesar. Platon compara con razon al primero con los soldados vigorosos y certeros que lanzan con tanta fuerza como tino su dardo enmedio del objeto que quieren herir sin desviarse á derecha, á izquierda, mas arriba ó mas abaxo. De este modo eran los lacedemonios, concisos, y sin decir nada superfluo; porque Licurgo habia ordenado expresamente que se les acostumbrase desde su mas tierna edad á hablar siempre poco, y de un modo fuerte, vehemente y enérgico; y á guardar un riguroso silencio siempre que no pudiesen explicarse con precision, ó de un modo sentencioso.

Tambien seria un excelente remedio contra la comezon de hablar el acostumbrarse uno, quando se halla en un concurso, á guardar si-



lencio hasta que todos hayan acabado de hablar, y sobre todo el no responder á las preguntas que se hacen á los demas ; porque en efecto, no es la conversacion como los juegos del circo, en los que gana el premio de la carrera el que se adelanta á los demas ; pues en el trato comun debemos obrar de un modo enteramente opuesto ; basta con que aprobemos lo que los demas han dicho. Me parece que no hay mayor impolítica que tomar la palabra quando se dirige á otro : se injuria á dos á un tiempo ; al que debe responder, que parece se le tiene por ignorante é incapaz de hablar, y al que pregunta, porque parece haber tenido mal discernimiento, y que no ha sabido á donde dirigirse para hallar lo que busca. Semejante apresuracion en responder quando uno no es preguntado, demuestra mucho orgullo, como si se dixese al que pregunta : "Vmd. se dirige mal ; ninguno de los que aquí hay es capaz de sacar á vmd. de sus dudas ; donde yo estoy no se debe preguntar á otro, porque soy el que solo puede decidir qualquiera cuestión." Otra observacion importa mucho que hagan los habladores ; y es que la mayor parte de los que hacen semejantes preguntas no es mas que para excitar su charlatanería. Así pues la señal cierta de la próxima enmienda de un gran hablador es quando puede conseguir consigo mismo el dexar un instante de reposo entre la pregunta y la respuesta ; y aun es señal mas infalible quando su respuesta es concisa, laconica, y sin rodeo alguno : en este caso ya no nos queda duda de la conversion del